«N»: PRESAGION EN LAS PROFUNDIDADES

por Pedro Montero

Desveló, sin pretenderlo, el ancestral secreto de las profundidades marinas y, ahora, estaba sometido a la implacable persecución de unos extraños serres que detentan el privilegio de vivir bajo las aguas, sin renunciar por ello a casuales excursiones en tierra firme...

La tumba se fue abriendo lentamente. Los peces se esparcieron en toda direcciones al ver turbada la quietud de su retiro. Oí resonar sobre el suelo calcáreo el acero del pico que hacía surgir, de vez en cuando, una chispa al rozar con algún pedernal perdido en el fondo de las aguas. Las medidas del agujero aumentaron gradualmente, no tardando en adquirir la profundidad suficiente para sepultar el cuerpo.

La vida se originó en el mar, y desde que se formó el primer microscópico conglomerado que opuso a los embates de las olas su propia y azarosa coherencia interior, hasta que un animal marino fue arrojado a tierra firme, y sabe Dios por qué extraña ventura pudo sobrevivir, transcurrieron millones de años. El océano no se resignó fácilmente a perder la exclusiva de aquella llama surgida en sus entrañas, y sucesivas oleadas de pretéritas formas animales se estrellaron contra las rocas en el transcurso de las tempestades sucumbiendo inexorablemente, hasta que, cierto día, un traidor a sus orígenes resolvió no regresar a su elemento y perdió sus escamas a fuerza de no necesitarlas, mientras una inmisericorde bola de fuego, apenas entrevista desde las profundidades, borraba de su cuerpo los últimos rastros de humedad.

Seguramente, el intrépido ser se debatió durante largo tiempo sobre la primigenia playa, pero su ciega voluntad triunfó, y aquel judas, renegado de sus orígenes, se convirtió en el progenitor de una raza tan ajena a sus fuentes que llegó el día en que lo que fue principio y causa de su vida era capaz de producir su muerte por asfixia.

Por este motivo, que nunca se ha resignado a aquel remoto y pérfido abandono, ha acogido alborozado al hijo pródigo que nunca debió partir, y ha conseguido con una voluntad tan grande como su propio ser, dotar en un tiempo brevísimo a las criaturas regresadas de los fundamentales atributos para que puedan volver a vivir en su seno materno.

Pero el mar es también sagaz y masculino, y si crece y decrece sometiéndose a los caprichos de la luna, nadie debe tomar sus fluctuaciones como un indicio de voluntad débil. Este henchirse violento seguido de un posterior extenuamiento periódicamente repetido, no hace más que confirmar su condición inteligente, sólo que, como el más audaz o el más sabio de los hombres, no puede sustraerse a los suaves encantos de la hermosa que comparte sus noches: las mareas no son sino el continuo intento de erigirse y acariciar a la luna, quién sabe si con el secreto propósito de fecundarla y hacerla portadora de una vida que, sobre la tierra (el mar lo ha comprendido) tiene sus días contados.

Cuando aquellos mortales, parte de cuyas azarosas aventuras conocéis tan bien, consiguieron permanecer bajo las aguas, gracias a los avances de la técnica ,el océano se sintió generoso; se mantuvo durante año s ala expectativa, y al producirse el primer naufragio submarino del que tenemos noticia, recogió suavemente los cuerpos de quienes ya se habían resignado a una muerte segura, y depositándolos en su seno, dejó que el limo los cubriera mientras potentes fuerzas de naturaleza líquida actuaban sobre ellos.

Tras aquel provisional ahogamiento, los hombres se fueron levantando para comprobar asombrados que, durante el sueño, le mar les había dotado de los órganos precisos para sobrevivir en sus profundidades.

Pero el amor es ciego, según dicen, y por un azar yo he descubierto que el mar ha vuelto a equivocarse, y ha sido de nuevo generoso con traidores que pretenden monopolizar sus dones. Ese grupo de hombres desea continuar una obra de venganza: aquella para la cual fue construido el barco submarino que yace ahora maltrecho, inmobilis in mobili, en el fondo de alguna profunda sima.

Yo he descubierto su secreto, y sé que mi vida corre serio peligro porque, aquel, que es en realidad ninguno, comenzó tomándose la justicia por su propia mano y no ha renunciado todavía (justificándose en viejas fotografías color sepia) a ejecutar a los descendientes de los que labraron su desgracia. Para lo que cuenta, además, con la sumisión absoluta de sus hombres, que pretenden continuar detentando la exclusiva de vivir bajo el mar.

Así pues, cuando os encontréis reposando sobre la plata y os invada de repente la apetencia de sumergiros en las azules aguas, sabed que ese anhelo no es sino la materialización de un atávico deseo: el regreso al elemento primitivo. Pero contad también con que (esto no puedo publicarlo porque no me creerían) es posible que alguien confunda esta provisional zambullida con una aspiración a la inmersión definitiva, y eso Nadie os lo perdonaría.

Son las tres de la madrugada. La noche es calurosa, pero, a pesar de lo

cargado de la atmósfera, no me atrevo a abrir la ventana, y me he levantado tres o cuatro veces para asegurarme de que la puerta está cerrada con llave.

Mientras escribo estas notas permanezco atento al mínimo ruido delator de la presencia de aquellos que esperan que me rinda el sueño para acercarse sigilosamente por mi espalda y esgrimir un afilado arpón sobre mi nuca. Y lo que más me aterra es que mis enemigos no tienen característica alguna que los diferencie de los demás mortales, excepto unas leves hendiduras a ambos lados de la garganta que pueden ser disimuladas fácilmente con un pañuelo o alzando un poco el cuello de cualquier prende de vestir. Algunos de ellos ni siquiera poseen ese rasgo delator en lugar visible, sino que , por algún capricho de la naturaleza líquida, esas fisuras palpitantes tienen su ubicación en la parte superior del costado, casi bajo la axila, por lo que, ante la imposibilidad de identificarlos, he comenzado a desconfiar de todo el mundo, y mi carácter se ha agriado de tal modo que incluso Angela procura evitarme.

Y es que sé que mis perseguidores son implacables y que les anima un insaciable deseo de venganza. Estoy seguro de que no cejarán en sus propósitos hasta que logren su objetivo, y lo sé porque conozco la identidad del que los manda. Sería inútil que me alejara de la costa: él enviaría mensajeros de muerte hasta el rincón más inhóspito de la corteza terrestre, pero intuyo que, dentro de mi desgracia, existe todavía una esperanza de prolongar mi vida. Tengo la certeza de que desean consumar el sacrificio dentro de las aguas, en su elemento, sumergidos en el medio que les acogió un día en adopción provisional, y que ahora es su ambiente natural y obligado.

—¿No piensas bañarte, Julio?

El aludido apartó momentáneamente de sus ojos los prismáticos con que contemplaba el mar y negó repetidas veces con la cabeza. La muchacha extendió la toalla y se tumbó sobre la arena dispuesta a transformarse en transitoria Danae.

—¿Qué estas mirando todo el tiempo con esos prismáticos? —preguntó.

—Nada —repuso julio. Pero apenas la muchacha volvió a cerrar los ojos, él continuó escrutando la orilla con todo rigor.

—No me hace gracia esa estúpida manía que te ha dado de traer los prismáticos a la playa. Es como jugar con ventaja —murmuró ella recibiendo complacida la lluvia de fuego.

—No estoy mirando a las mujeres, si es a eso lo que te refieres —contestó Julio.

—¿Entonces?

Fastidiado, apartó sus ojos de los gemelos y los guardó con cuidado en la funda para preservarlos de los finísimos granos de arena. Su corazón sufrió un sobresalto al percibir una sombra en el cuello de Angela. ¿Sería posible? Se aproximó a la muchacha y pudo comprobar que no se trataba más que de unas briznas de alga, e incorporándose de nuevo, volvió a fatigar la orilla con el doble anteojo.

—He leído en el periódico que han aparecido tiburones cerca de la costa

—murmuró sin dejar de escrutar a través de los prismáticos.
—No seas absurdo —respondió la muchacha haciendo con su mano pantalla contra el sol—. Eso ha sido en las islas. En mi vida he oído que hubiera por aquí algo más que sardinas, si es que queda alguna con vida con esa asquerosa contaminación. ¿Por eso es por lo que no te bañas desde hace días? —preguntó, para añadir a continuación—: No lo puedo creer.
—No, no es por eso —dijo el muchacho en voz baja.
Aunque ya era cerca del medio día, los bañistas continuaban afluyendo a la playa. Angela odiaba a aquellas familias numerosas que acampaban junto a los pinos dejando en considerable buen lugar a las hordas de Atila. De hecho aquella playa era semiparticular y, en tiempos, la mayor parte de la arena estaba rodeada por un cercado que, partiendo desde la misma orilla, regresaba a ella incluyendo en el interior de su perímetro las cinco casitas primitivas. Con extremo sur de un horroroso bloque de apartamentos, el lugar había perdido gran parte de su encanto, adquiriendo a cambio más cantidades de suciedad.
—No sé por qué la gente se empeña en pasar a este lado de la valla —dijo Angela, considerando que aquellos carcomidos restos de cercado merecían todavía tal nombre. Y como una muda respuesta a su pregunta, un hombre de mediana edad vino a sentarse a pocos metros de donde se encontraba la pareja; extendió una raquítica toalla y se puso un ridículo sombrito de paja, sin que al parecer tuviera intención de desnudarse.
—Ese también es de secano —murmuró Angela sin advertir que su amigo se había puesto tenso.
Cerca ya de las tres de la tarde se dispusieron a volver a casa, pero Julio se empeñó en sentarse unos minutos en el bar de la carretera. Escogió una mesa alejada del público, una vez que el camarero les hubo servido unas cerezas, extrajo los prismáticos de su bolsa y miró en dirección a la playa.
—¿Para eso me has traído aquí? —preguntó Angela impaciente.
—No —repuso Julio guardando el instrumento óptico—. Tengo que decirte una cosa —añadió bajando la voz.
—Te escucho —dijo ella apoyando el rostro en las palmas de sus manos e inclinándose hacia delante.
—¿Quieres saber por qué no he vuelto a acercarme al mar desde hace días?
—Estás en tus días críticos.
—Déjate de ironías, Angela. Esto es serio.
—¿Y acaso yo no lo soy? —preguntó ella—. Hace días que no te acercas a mí. Ni un triste beso. ¿Has hecho extensiva a mi persona tu fobia repentina a las aguas del mar? O acaso —continuó con precaución— has atrapado algún sarpullido debido a la contaminación —finalizó mordaz.
—El otro día estuve a punto de perder la vida —manifestó él sin prestar atención a la ironía de su amiga.
—¿Qué dices?
—Hoy hace una semana. ¿Recuerdas que volví muy tarde de practicar la pesca submarina?
Ella movió la cabeza afirmativamente.
—Pues bien, escucha. Cuando llegué cerca de la segunda isla, anclé la

barca y me preparé para bajar. Examiné cuidadosamente el funcionamiento del respirador y me aseguré de que el fusil de arpón estaba bien montado. Durante gran parte de la tarde estuve capturando peces, y, no sé por qué causa, el caso es que en determinado momento me desorienté, y en lugar de subir a la superficie, continué nadando hacia donde creía que se hallaba la barca. Al cabo de un cuarto de hora comprendí que estaba avanzando en dirección equivocada y cambié de rumbo dispuesto a emerger, pero al pasar cerca de una muralla de rocas me pareció ver otros pescadores.

Nadé hacia ellos para darme a conocer por señas y bastante antes de llegar advertí algo muy extraño: ninguno estaba provisto de aparato respirador, a pesar de lo cual, permanecieron todo el tiempo bajo el agua dedicados a una actividad d que en principio no acerté a comprender.

Me parapeté tras unas rocas para evitar ser visto y desde allí observé fascinado el trabajo de los desconocidos.

Fijándome en el suelo, pude ver ligeros montoncillos debidos, sin duda, a la mano del hombre y que, revestidos de concreciones calizas, estaban regularmente dispuestos.

En el centro de aquella especie de plazoleta formada por el claro, sobre un pedestal de guijarros groseramente apilados se levantaba una cruz de coral...

—¿De coral? —interrumpió Angela. Pero Julio, sin prestar atención a la pregunta, continuó su relato.

—... una cruz de coral —repitió— que estiraba sus largos brazos y parecía tallada en sangre petrificada.

A una indicación del que parecía tener el mando, avanzó uno de los subalternos que empezó a cavar un agujero a pocos pies de la cruz.

Entonces lo entendí todo. Aquel claro era un cementerio; aquel agujero una tumba...

Angela se levantó y, terminando su cerveza, dijo:

—Vuelvo en un minuto —y de una carrera se acercó hasta la casita que ocupaba con su familia junto a la playa. Se mantuvo escasos segundos en el interior, y al poco regresaba con algo en la mano.

—¿Qué decías? —preguntó con leve ironía en su voz.

—Que aquel agujero era una tumba —repitió Julio dirigiendo su mirada hacia alta mar—. La tumba se fue abriendo lentamente. Los peces se esparcieron en todas direcciones al ver turbada la quietud de su retiro...

—«Y oí resonar sobre el suelo calcáreo —leyó Angela en el libro que había traído de la casa— el acero del pico, que hacía surgir, de vez en cuando, una chispa al rozar con algún pedernal perdido en el fondo de las aguas. Las medidas del agujero aumentaron gradualmente, no tardando en adquirir la profundidad suficiente para sepultar el cuerpo...» —concluyó cerrando el libro de golpe.

Julio permaneció perplejo unos instantes y luego arrebatando el volumen de las manos de Angela, examinó con detenimiento el párrafo leído.

—Eso ya está escrito, encanto —manifestó ella.

—Te aseguro que... te juro... —balbució Julio—. Lo que te he contado es absolutamente cierto. Asistí a un fantástico entierro submarino.

—No me cabe duda.

—Después me descubrieron —continuó Julio—. Me persiguieron hasta que llegué exhausto a la barca, y poniendo el motor en marcha, me dirigí hacia la costa a toda velocidad.

—Y te querían matar — comentó ella displicente.

—Te lo aseguro —dijo el muchacho acentuando sus palabras—. Me dispararon con unas armas muy extrañas, y desde ese día me persiguen. No me atrevo a entrar en el agua y ni siquiera en tierra me siento seguro. Cualquier persona que pase a mi lado puede ser uno de ellos que, seguramente, quiere arrastrarme al mar para que ocupe una de las tumbas de aquel cementerio.

—Son anfibios —intervino Angela mirándose las uñas con sumo interés.

—Lo sé —repuso Julio, como si ella hubiera dado a sus palabras algún viso de seriedad—. Tienen también branquias —añadió llevándose los dedos a ambos lados del cuello.

Un muchacho pasó por las mesas repartiendo folletos al tiempo que voceaba:

—¡Cine de verano! ¡Gran éxito! —gritó, dejando uno de los anuncios sobre la mesa de los jóvenes.

Angela tomó el papel y, utilizándolo a modo de abanico, trató de aliviarse del calor reinante.

—«Omen»

—¿«Omen»? —repitió Julio.

—Significa el presagio —explicó—. ¿Por qué no vamos al cine esta tarde? —Pero mientras continuaba abanicándose, observó que los ojos de Julio estaban clavados en la trayectoria de vaivén del folleto. Cesó de echarse aire sorprendida ante la súbita palidez del rostro del joven, y mantuvo el papel unos segundos ene el aire permitiendo que Julio lo leyera al trasluz. La palidez de la faz de su amigo se hizo más intensa, y segundos después dejaba caer su vaso, que se estrelló contra el suelo deshaciéndose en mil pedazos.

Ahora estoy completamente seguro de que es él quien me persigue. Hay muchas formas de avisar a un hombre de que le acecha algún peligro, pero las advertencias que el destino me ha hecho son más que suficientes para comprender que corro un riesgo constante.

Si el mar se ha equivocado preservando a quienes un día refugiaron en su seno para dar rienda suelta a sombríos deseos de venganza, cuya justicia no es posible apreciar, yo he cometido inadvertidamente el mayor de los errores al descubrir que sus corazones todavía laten, quizá más lentamente, y que sus cuerpos apenas han sufrido algún cambio al pasar de ser regados con sangre caliente a recibir un plasma helado. He firmado mi sentencia de muerte contemplando un lastimoso error del piélago generador de la vida, y por ello debo desaparecer a manos de los que detentan la exclusiva de permanecer eternamente bajo el agua, sin por ello renunciar a casuales excursiones terrestres. Pero ahora que conozco el secreto, estoy en condiciones de apreciar qué cantidad de crímenes impunes o de imprevisibles accidentes podrían atribuirse a esos sombríos camaradas que se comunican entre sí utilizando un ignoto lenguaje. Por todo ello me parecería absolutamente inútil pedir

explicaciones al mar por haber sido el autor de un generoso destino. Ya se encargó Alejandro, ordenando fustigar al ponto, de poner de manifiesto la inutilidad de semejantes venganzas a destiempo. Sólo me resta exclamar al unísono con mi homónimo:

«¡Quiera el cielo que se haya aplacado el odio en aquel corazón indómito y feroz! ¡Que las contemplación de tantas bellezas extinga sus ansias de venganza!»

Los dos hombres se sentaron en una mesa próxima a la que solían ocupar Angela y Julio. Este se volvió al oír el arrastrar de las sillas metálicas, y ladeando ligeramente la suya, se situó en tal posición que, sin dejar de dar el frente a Angela, podía ver de reojo a los recién llegados.

—¿Qué te pasa? —preguntó la joven al notar su repentino nerviosismo. Por toda respuesta, Julio indicó con un ligero adelantamiento de barbilla en dirección a los dos hombres.

—Pregúntales la hora —dijo a continuación.

—Son las tres menos cuarto —repuso Angela consultando su reloj.

—Ya lo se. Pero quiero que se lo preguntes a ellos. ¿Quieres hacerme ese favor?

Angela se acercó a la otra mesa malhumorada e hizo la pregunta a uno de los hombres. Este pareció no haber comprendido, y la muchacha repitió su demanda aproximando el dedo índice a la muñeca, pero los caballeros intercambiaron unas palabras en uno idioma extranjero sin dar señas de entendimiento. Julio, que seguía la escena desde su mesa, se puso en pie y, llevándose el índice y el pulgar unidos al bolsillo de un imaginario chaleco, fingió sacar un inexistente reloj de cadena y abrir la tapa. Inmediatamente uno de los hombres sonrió, al tiempo que musitaba unas palabras que parecían de excusa.

Angela regresó a su mesa y se sentó malhumorada, encerrándose en un silencio hosco. Julio sonreía retador, como quien ve confirmadas sus sospechas.

—¿En qué idioma hablaban? —tuvo que preguntar dos veces antes de que Angela se dignara contestar.

—¿Quieres que se lo pregunte también? —repuso finalmente.

—Deberías preguntarles mejor si no tienen calor con un jersey de cuello vuelto y ese ridículo pañuelo a la garganta.

—Lo que tendría que hacer es seguir los consejos de mi padre y dejarte —manifestó, y rehaciendo el gesto añadió con tono suplicante—. ¿Qué t e pasa, Julio? ¿Pretendes provocar una ruptura y que yo aparezca como la culpable?

Unas lágrimas asomaron a los ojos del joven que miró fijamente hacia alta mar. Angela entrelazó los dedos de sus manos, y apoyando en ellas el rostro, reposó sobre el hombro de Julio.

De súbito una fortísima explosión se produjo en el cielo, y los clientes de la terraza se pusieron en pie alarmados. Algunos levantaron sus manos indicando un punto en el espacio en donde había tenido lugar la espantosa deflagración. Los restos del avión se precipitaron

vertiginosamente, y al cabo de un minuto tomaban contacto con la superficie del agua a unos cinco kilómetros al norte de donde ellos se encontraban.

—¡Era un reactor militar! —exclamó un chiquillo señalando en dirección a la base aérea.

—¡Qué catástrofe! —dijo una mujer.

Pasados unos segundos, Julio recordó algo y, volviéndose como un rayo, fijó sus ojos en la mesa de los extranjeros. Los dos hombres habían desaparecido y los refrescos que habían pedido continuaban intactos sobre la mesa, como si no hubieran sido de su gusto.

Al rebasar el Club de Mar giró a la izquierda contraviniendo la señal, y a los pocos instantes los faros del otro vehículo volvieron a situarse detrás de él.

Atravesó la zona residencial realizando un trayecto zigzagueante, y al llegar a la carretera de la costa aceleró con la esperanza de haberlos despistado. Quizá se tratara de una ilusión suya, pero cuando cruzó frente al Roxy, advirtió que un potente coche deportivo se ponía en marcha, y desde entonces, hasta que había realizado aquella recombolesca maniobra, el vehículo había venido pisándole los talones.

Ya en las curvas del alto aminoró la velocidad, la noche era oscura y sin luna, y los escasos coches que circulaban en sentido contrario, lo hacían a velocidad excesiva. Seguramente se trataba de turistas dirigiéndose a las discotecas, y despreciaban las señales de tráfico presumiendo que tal comportamiento podría ser calificado de moderno.

A la salida del Junqueral, aprovechando la recta de más de un kilómetro, dos coches le pidieron paso con las luces y le adelantaron como una exhalación. Julio creyó por un momento que el primero de los dos vehículos era el deportivo que, según le parecía, había estado siguiéndole desde el Club de Mar, pero sólo pudo verlo un momento, porque el segundo turismo le adelantó inmediatamente y le tapó la vista del coche sospechoso.

Le hubiera gustado llevar a alguien a su lado, pero aunque en el bar de Serra dos muchachas en traje de noche le hicieron señas para que se detuviera, no se atrevió a hacerlo. Se rumoreaba por la costa que dos peligrosas navajeras andaban haciendo de las suyas insinuándose a los turistas para despojarles luego hasta de la camisa.

De pronto, al tomar una curva cerrada, vio algo atravesado en la carretera y hundió el pie en el pedal del freno. Las llantas de l vehículo chirriaron y Julio consiguió detener su coche a escasos centímetros del deportivo.

En cuestión de segundos comprendió que había caído en la trampa, y abriendo la portezuela, puso el pie sobre la carretera. AL instante dos sombras salieron de detrás del coche atravesando y se dirigieron hacia él. Julio miró rápidamente a su alrededor, atravesó la cuneta de un salto, y comenzó a descender por la ladera tropezando repetidas veces con los matojos y las piedras. Emprendió una carrera suicida cuesta abajo sin

atreverse a mirar atrás, seguro de que los dos hombres le seguían, y cuando había recorrido medio kilómetro, se dio cuenta de que en su huida no había previsto que las rocas del acantilado no le dejaba escapatoria. Sin quererlo, él mismo estaba disminuyendo la distancia que le separaba de una muerte segura, y con su loca carrera no había hecho sino facilitar las cosas a sus perseguidores. Ladeó la cabeza sin dejar de correr y comprobó sorprendido que nadie le seguía. Los matorrales habían quedado atrás, ya pesar de la oscuridad de la noche, el reflejo del mar expandía una claridad difusa que le permitía ver dónde se encontraba. Se hallaba solo en la cima de una pequeña península cuyo istmo, cubierto de monte bajo, había atravesado corriendo hacía unos instantes.

Aunque no vio a nadie en las proximidades, pensó que lo más probable era que sus perseguidores se hubieran detenido en la zona de los matorrales, y conocedores del terreno, no se habían molestado en continuar a sabiendas de que, el único camino posible de regreso pasaba por el estrecho istmo.

A pesar de que no ignoraba que por aquella zona la costa estaba cortada a pico y que no era posible descender por aquel farallón, se resolvió a explorarla; lo que en modo alguna estaba dispuesto a hacer era regresar por la única ruta posible hacia la carretera. Aquellos acantilados estaban llenos de cueva, y si tenía la suerte de conseguir descender algunos metros existían muchas posibilidades de refugiarse en una de ellas y permanecer allí hasta la mañana siguiente.

Fue aproximándose con cautela al borde las rocas; cualquier paso en falso podía hacer que se precipitara en el vacío. El oscuro mar se extendía allá abajo como una inmensa mancha de tinta negra, y desde la base del acantilado le llegaba el rumor de las olas que se estrellaban contra los rompientes: una suave brisa acarició su rostro cuando asomó la cabeza desde la inmensa altura.

En aquel momento comprendió aterrado que había perdido la partida. Unos brazos surgieron de algún punto por debajo del borde del acantilado, y aferrando su cabeza, comenzaron a tirar de él hacia abajo con una fuerza sobrehumana. Julio intentó afianzarse a la roca, pero la fuerza con que le arrastraban era tan descomunal que sintió cómo sus manos resbalaban y se herían al resbalar contra las aristas de las peñas. Un instante después detenía ya medio cuerpo fuera del acantilado pendiendo en el vacío, y al siguiente perdió el equilibrio y se precipitó en el abismo lanzando un terrible alarido. Las manos de sus perseguidores se aferraron a sus muñecas y no aflojaron la tremenda presión ni siquiera cuando sus cuerpos chocaron contra la superficie del agua.

De igual forma que cuando se captura un pez y se le deposita sobre la superficie de cubierta comienza a estremecerse y a entreabrir la boca, presa de angustias de muerte, así también el cuerpo del joven se retorcía violentamente, sus ojos se desorbitaban y, en un desesperado intento por proveerse de aire, abría su boca por donde el agua penetraba a raudales.

Los verdugos continuaron avanzando sin prestar atención a la agonía de su prisionero que, al cabo de unos instantes, cesó de debatirse y de ofrecer resistencia a quines aferraban sus muñecas. Su boca permaneció abierta, y el agua circuló libremente por el interior de aquel cuerpo que había perdido la vida al ingresar en el elemento generador de toda vida.

Al cabo de un buen rato, el fúnebre cortejo inició una inmersión más profunda, y trazando círculos, como le aeroplano que se dispone a aterrizar, fue descendiendo hasta que , bajo el fantasmal reflejo de la claridad lunar, que prestaba su involuntario concurso a aquella escena, apareció el cementerio marino.

Allá, bajo las aguas, en actitud de espera, un grupo de sombríos camaradas excavaba una tumba en cuya cabecera podía verse ya la cruz del coral coagulado.

«Algunos de ellos a una seña del que parecía el capitán y tomando el relevo condujeron al exánime cuerpo hasta su última morada, una vez depositado en la cual, procedieron a cubrirla con piedras y arena hasta que se formó un pequeño montículo a los pies de la cruz.»

Terminada la fúnebre tarea, todos los hombres-pez se reunieron en un círculo alrededor del que sin duda les mandaba, y éste, con gesto sombrío y mirada dura como el pedernal, dio unas órdenes que nadie se atrevió a discutir. Hecho lo cual, los vengativos seres se dispersaron en grupos dispuestos a provocar el naufragio de un acorazado, la explosión de un avión en vuelo, el descarrilamiento de un expreso, la destrucción de una guardería infantil donde cantaban confiados los nietos de sus pretéritos y ancianos enemigos.

Pero el mar, en cuyo lastimado seno se había producido aquella tragedia, cansado de servir de refugio a los insaciables y perpetuos vengadores de injurias ya olvidadas, harto a de acoger a aquellos pretendidos ángeles justicieros, se dispuso a ser generoso de nuevo en la medida en que lo permitían sus ya mermadas facultades.

Durante toda aquella noche veló sobre el cadáver del muchacho, y haciendo circular sus aguas entre los intersticios de las rocas, bañó con sus corrientes aquel cuerpo infundiéndole su último aliento de vida, aunque de sangre fría, como era natural en las profundidades.

Cuando ya la luna hurtaba su leve resplandor a aquella sima dejando paso a los rayos de un naciente sol, algunos guijarros rodaron desde el pequeño promontorio, y la arena que cubría la tumba fue removida desde el interior.

De pronto se produjo un súbito estremecimiento, y el transitorio huésped de aquel submarino nicho lo abandonó. Cuando las aguas volvieron a aquietarse y la arena se asentó en el fondo, los brazos de la sangrante cruz se extendieron sobre una sepultura vacía.

Ya en alta mar, detuvieron el pequeño yate y lanzaron el sedal a las aguas. La mayoría de los muchachos bromeaba animadamente, salvo Angela, que sentada en la banda de estribor contemplaba pensativa el mar.

De repente alguien dio el aviso y todos se arremolinaron junto a los aperos de pesca.

—¡Ha picado! —exclamó alguien.

Angela se reunió con los demás sin participar demasiado de su entusiasmo. Los muchachos recogían el sedal y combatían con la presa que, a juzgar por la resistencia, debía de tener un tamaño considerable.

—¡Allí está! —gritó uno de ellos señalando en determinada dirección. Y en efecto, debatiéndose violentamente, el formidable pez fue, sin embargo, poco a poco forzado a aproximarse a la barca. Sus coletazos hacían hervir el agua a su alrededor y sus fuertes tirones amenazaban con la rotura del sedal, pero los muchachos no cejaron en su empeño y siguieron jalando hasta que fue arrastrado junto a las proximidades del yate. Entonces sacó su gran cabeza fuera de las aguas y, sorprendentemente, suspendió la resistencia que había ofrecido a los esfuerzos de los pescadores.

En aquel momento se oyó un tremendo alarido, y tomando un machete depositado junto a un rollo de cuerda, Angela se abalanzó sobre la banda y de un fuerte tajo cortó el sedal sin que nadie pudiera evitarlo. El gigantesco pez levantó una vez más su cabeza y, entreabriendo la boca atravesada por el afilado anzuelo, se sumergió definitivamente bajo el mar, al tiempo que la muchacha se desplomaba desvanecida sobre la cubierta.

«Hace seis mil años, formula la Biblia en el Libro de Eclesiastés una pregunta: ¿Quién ha logrado jamás sondear las profundidades del abismo? Y hoy puede responderse: Entre todos los hombres hubo dos; Nemo, misterioso capitán del Nautius, y un humilde servidor de ustedes: yo.»